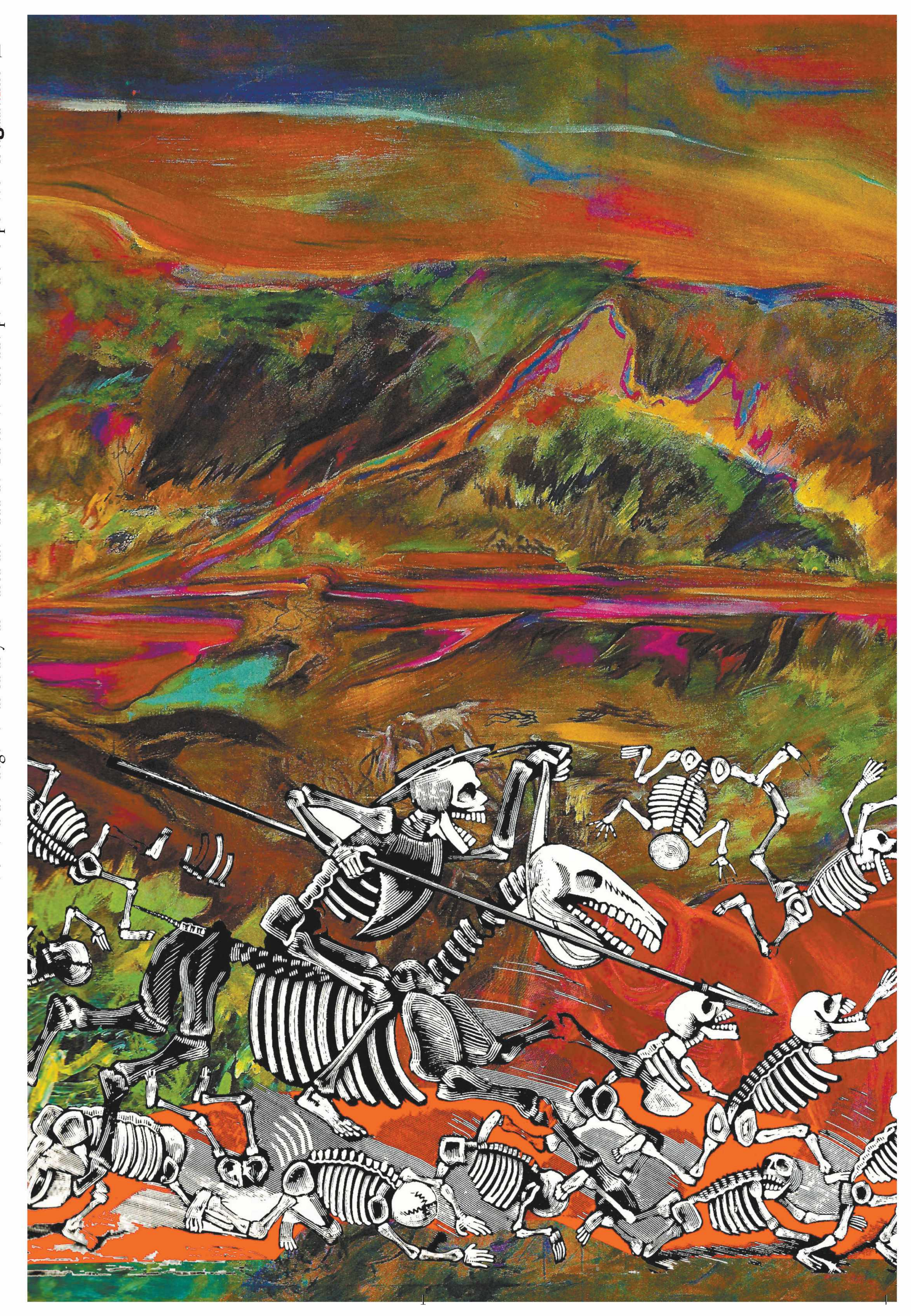


1897
Canudos

En cada muerto hay más balas que huesos

pero los últimos defensores de Canudos cantan tras una enorme cruz de madera, esperando todavía la llegada de los arcángeles.
El comandante de la primera columna hace fotografiar el espeluznante cadáver de Antônio Conselheiro, *para que se tenga certeza de su muerte.* El también la necesita. Con el rabillo del ojo, el comandante espía, desde una silla, ese puñado de harapos y huesitos.
Desventurados campesinos de todas las edades y colores habían levantado una muralla de cuerpos alrededor de este llagoso matusalén, enemigo de la república y de las ciudades pecadoras. Cinco expediciones militares han sido necesarias: cinco mil soldados cercando Canudos, veinte cañones bombardeando desde las lomas, increíble guerra del trabuco naranjero contra la ametralladora Nordenfeldt.
Las trincheras se han reducido a sepulturas de polvo y todavía no se rinde la comunidad de Canudos, la utopía sin propiedad y sin ley donde los miserables compartían la tierra avara, el poco pan, y la fe en el cielo inmenso.
Se pelea casa por casa, palmo a palmo.
Caen los cuatro últimos. Tres hombres, un niño.

1897
Río de Janeiro

Machado de Assis

Los escritores brasileños, divididos en sectas que se odian entre sí, celebran comuniones y consagraciones en la Colombo y otras confiterías y librerías. Allí despiden, en olor de santidad, a los colegas que viajan a poner flores en la tumba de Maupassant en París; y en esos templos nace, al son de cristales, bendita por sagrados licores, la Academia Brasileña de Letras. El primer presidente se llama Machado de Assis.
El es el gran novelista latinoamericano de este siglo. Sus libros desenmascaran, con amor y humor, a la alta sociedad de zánganos que él, hijo de padre mulato, ha conquistado y conoce como nadie. Machado de Assis arranca el decorado de papel, falsos marcos de falsas ventanas con paisajes de Europa, y hace guiñadas al lector mientras desnuda la pared de barro.

1898
Costas de Cuba

Esta fruta está al caer

Los ciento cuarenta y cinco kilos del general William Shafter desembarcan en las costas del oriente de Cuba. Vienen de los fríos del norte, donde anduvo el general matando indios, y aquí se derriten dentro del abrumador uniforme de lana. Shafter envía su cuerpo escalera arriba, hacia el lomo de un caballo, y desde allí otea el horizonte con un catalejo.
El ha venido a mandar. Como dice uno de sus oficiales, el general Young, *los cubanos insurrectos son un montón de degenerados, no más capaces de autogobernarse que los salvajes del Africa.* Cuando el ejército español ya se derrumba ante el asedio implacable de los patriotas, los Estados Unidos deciden hacerse cargo de la libertad de Cuba. Si se meten, no habrá quien los saque –habían advertido Martí y Maceo–. Y se meten.
España se había negado a vender esta isla *por un precio razonable* y la intervención norteamericana encontró su pretexto en la oportuna explosión del acorazado «Maine», hundido frente a La Habana con sus muchos cañones y tripulantes.
El ejército invasor invoca la protección de los ciudadanos norteamericanos y la salvación de sus intereses amenazados por la arrasadora guerra y el descalabro económico. Pero charlando en privado, los oficiales explican que ellos impedirán que una república negra emerja ante las costas de la Florida.

1898
Washington

Diez mil linchamientos

En nombre de los negros de los Estados Unidos, Ida Wells denuncia ante el presidente McKinley que han ocurrido diez mil linchamientos en los últimos veinte años. Si el gobierno no protege a los ciudadanos norteamericanos dentro de sus fronteras, pregunta Ida Wells, ¿con qué derecho invoca esa protección para invadir otros países? ¿Acaso los negros no son ciudadanos? ¿O sólo les garantiza la Constitución el derecho de morir quemados? Multitudes de energúmenos, excitadas desde la prensa y el púlpito, arrancan a los negros de las cárceles, los atan a los árboles y los queman vivos. Des-

pués los verdugos festejan en los bares y pregonan sus hazañas por las calles. La cacería de negros usa por coartada el ultraje de mujeres blancas, en un país donde la violación de una negra por un blanco se considera normal, pero en la gran mayoría de los casos los negros incendiados no son culpables de más delito que la mala reputación, la sospecha de robo o la insolencia.
El presidente McKinley promete ocuparse del caso.

1898
Loma de San Juan

Teddy Roosevelt

Blandiendo el sombrero, galopa Teddy Roosevelt a la cabeza de sus *rudos jinetes;* y cuando baja de la colina de San Juan trae en la mano, estrujada, una bandera de España. El se llevará toda la gloria de esta batalla que abre el camino hacia Santiago de Cuba. De los cubanos que también han peleado, ningún periodista hablará.



Teddy cree en la grandeza del destino imperial y en la fuerza de sus puños. Aprendió a boxear en Nueva York, para salvarse de las palizas y humillaciones que de niño sufría por ser enclenque, asmático y muy miope; y de adulto cruza guantes con los campeones, caza leones, enlaza toros, escribe libros y ruge discursos. En páginas y tribunas exalta las virtudes de las razas fuertes, nacidas para dominar, razas guerreras como la suya, y proclama que en nueve de cada diez casos no hay mejor indio que el indio muerto (y al décimo, dice, habría que mirarlo más de cerca). Voluntario de todas las guerras, adora las supremas cualidades del soldado que en la euforia de la batalla siente un lobo en el corazón, y desprecia a los generales sentimentaloides que se angustian por la pérdida de un par de miles de hombres.
Para liquidar en un rato la guerra de Cuba, Teddy ha propuesto que una escuadra norteamericana arrase Cádiz y Barcelona a cañonazos, pero España, extenuada de tanta guerra contra los cubanos, se rinde en menos de cuatro meses. Desde la loma de San Juan, el victorioso Teddy Roosevelt galopa a toda furia hacia la gobernación de Nueva York y hacia la presidencia de los Estados Unidos. Este fanático devoto de un Dios que prefiere la pólvora al incienso, hace una pausa y escribe: *Ningún triunfo pacífico es tan grandioso como el supremo triunfo de la guerra.*
Dentro de algunos años, recibirá el Premio Nobel de la Paz.

1898
Costas de Puerto Rico

Esta fruta está cayendo

Ramón Emeterio Betances, larga blanca barba, ojos de melancolía, agoniza en París, en el exilio.
–*No quiero la colonia* –dice–. *Ni con España, ni con Estados Unidos.*
Mientras el patriarca de la independencia de Puerto Rico se asoma a la muerte, los soldados del general Miles entran cantando por las costas de Guánica. Con el fusil en bandolera y el cepillo de dientes atravesado en el sombrero, marchan los soldados ante la mirada impasible de los campesinos de la caña y del café.
Y Eugenio María de Hostos, que también quiso patria, contempla las colinas de Puerto Rico desde la cubierta de un barco y siente tristeza y vergüenza por verlas pasar de dueño a dueño.

1898
Washington

El presidente McKinley explica que los Estados Unidos deben quedarse con las Islas Filipinas por orden directa de Dios

Yo caminaba por la Casa Blanca, noche tras noche, hasta medianoche; y no siento vergüenza al reconocer que más de una noche he caído de rodillas y he suplicado luz y guía al Dios todopoderoso. Y una noche, tarde, recibí Su orientación –no sé cómo, pero la recibí– primero, que no debemos devolver las Filipinas a España, lo que sería cobarde y deshonroso; segundo, que no debemos entregarlas a Francia ni a Alemania, nuestros rivales comerciales en el oriente, lo que sería indigno y mal negocio; tercero, que no debemos dejárselas a los filipinos, que no están preparados para autogobernarse y pronto sufrirían peor desorden y anarquía que en el tiempo de España; y cuarto, que no tenemos más alternativa que recoger a todos los filipinos y educarlos y elevarlos y civilizarlos y cristianizarlos, y por la gracia de Dios hacer todo lo que podamos por ellos, como prójimos por quienes Cristo también murió. Y entonces volví a la cama y dormí profundamente.

1899
Nueva York

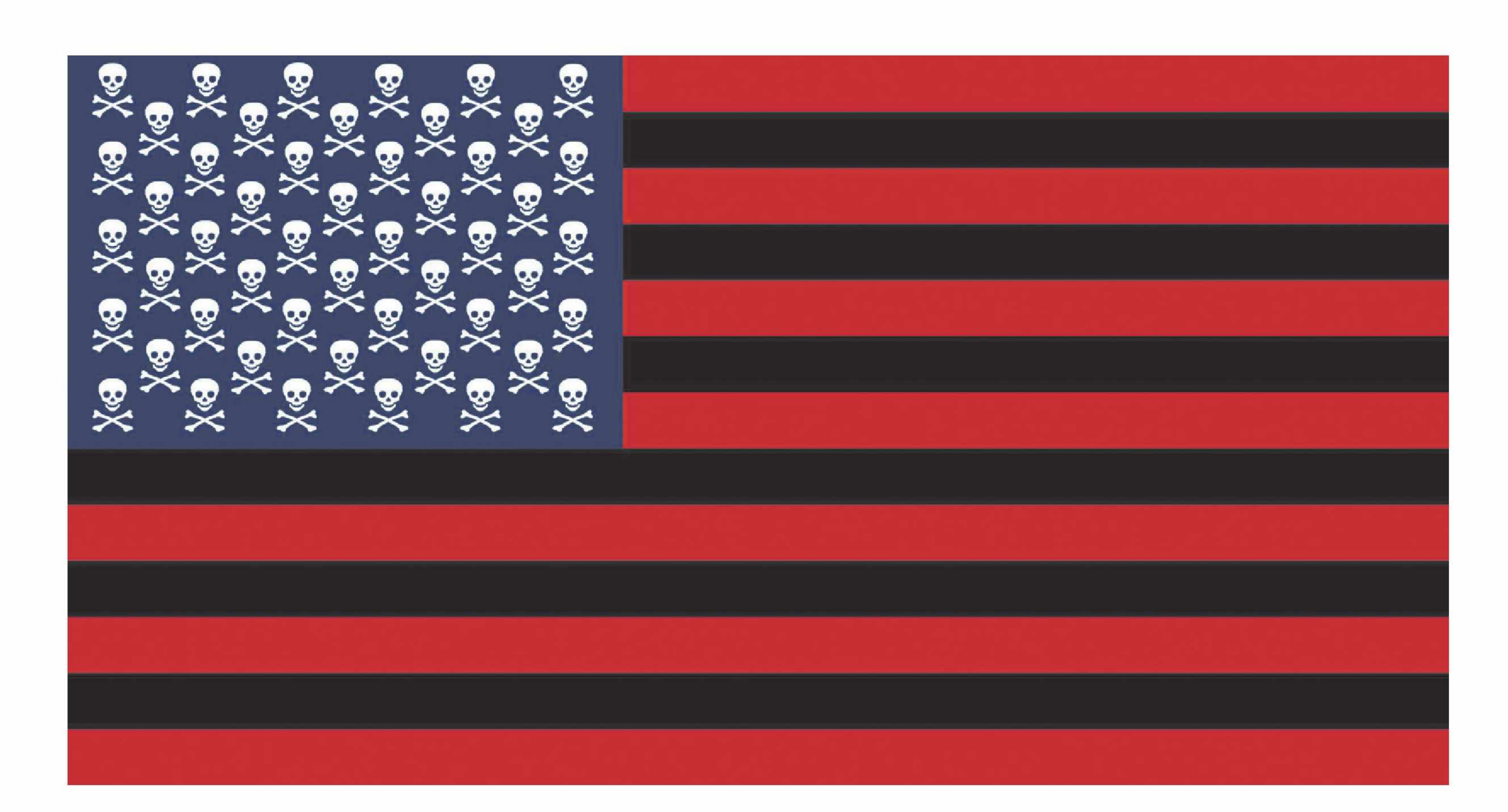
Mark Twain propone cambiar la bandera

Yo levanto mi lámpara junto a la puerta de oro. La Estatua de la Libertad da la bienvenida a los incontables peregrinos, europeos que afluyen en busca de la Tierra Prometida, mientras se anuncia que el centro del mundo ha demorado milenios en desplazarse desde el Eufrates hasta el Támesis y se encuentra ahora en el río Hudson.

En plena euforia imperial, los Estados Unidos celebran la conquista de las islas de Hawaii, Samoa y las Filipinas, Cuba, Puerto Rico y alguna islita que se llama, elocuente, de los Ladrones. Ya son lagos norteamericanos el océano Pacífico y el mar de las Antillas, y está naciendo la United Fruit Company; pero el novelista Mark Twain, viejo aguafiestas, propone cambiar la

bandera nacional: que sean negras, dice, las barras blancas, y que unas calaveras con tibias cruzadas sustituyan a las estrellas.

El jefe de los sindicatos obreros, Samuel Gompers, exige que se reconozca la independencia de Cuba y denuncia a quienes arrojan la libertad a los perros a la hora de elegir entre la libertad y la ganancia. Para los grandes diarios, en cambio, son unos ingratos los cubanos que quieren la independencia. Cuba es tierra ocupada. La bandera de los Estados Unidos, sin barras negras ni calaveras, flamea en lugar de la bandera de España. Las fuerzas invasoras se han duplicado en un año. En las escuelas se enseña inglés; y los nuevos libros de historia hablan de Washington y Jefferson y no mencionan a Maceo ni a Martí. Ya no hay esclavitud; pero en los cafés de La Habana aparecen letreros que advierten: *Sólo para blancos.* El mercado se abre sin condiciones a los capitales ansiosos de azúcar y tabaco.



1899
Roma

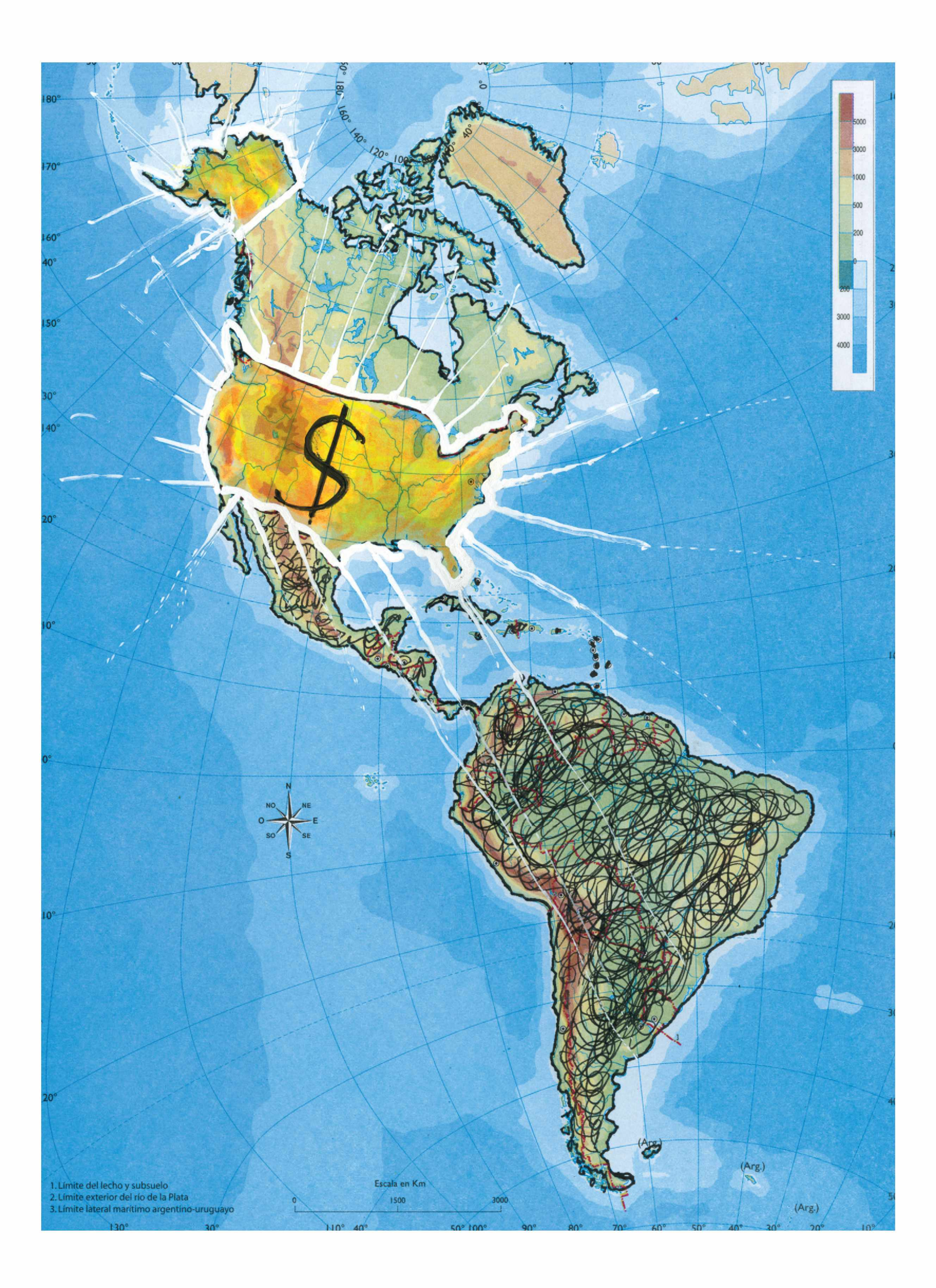
Calamity Jane

Dicen que duerme con sus revólveres colgados de un barrote de la cama y que todavía supera a los hombres en el poker, el trago y la blasfemia. A muchos ha tumbado, dicen, de un gancho a la mandíbula, desde los tiempos en que dicen que peleó junto al general Custer en Wyoming y matando indios protegió a los mineros en las Montañas Negras de los sioux. Dicen que dicen que cabalgó un toro en la calle principal de Rapid City y que asaltó trenes y que en Fort Laramie enamoró al bello *sheriff* Wild Bill Hickok, y que él le dio una hija y un caballo, Satán, que se arrodillaba para ayudarla a desmontar. Siempre vistió pantalones, dicen, y a menudo los desvistió, y no hubo en los *saloons* mujer más generosa ni más descarada en el amor y la mentira. Dicen. Quizás nunca estuvo. Quizás no está, esta noche, en la arena del Show del Salvaje Oeste, y el viejo Buffalo Bill nos está engañando con otro de sus trucos. Si no fuera por los aplausos del público, ni la propia Calamity Jane estaría segura de que ella es esta mujer de cuarenta y cuatro años, grandota y sin gracia, que echa a volar un sombrero Stetson y lo convierte en colador.

1899
Roma

El imperio naciente exhibe sus músculos

En ceremonia de mucha pompa, Buffalo Bill recibe un reloj de oro, coronado de diamantes, de manos del rey de Italia.
El Show del Salvaje Oeste recorre Europa. La conquista del Oeste ha terminado y la conquista del mundo ha comenzado. Buffalo Bill tiene a sus órdenes un ejército multinacional de quinientos hombres. No sólo los vaqueros trabajan en su circo: también auténticos lanceros del príncipe de Gales, cazadores de la guardia republicana francesa, coraceros del emperador de Alemania, cosacos rusos, jinetes árabes, charros mexicanos y gauchos del río de la Plata. Soldados del Quinto de Caballería representan su papel de vencedores y los indios vencidos, arrancados de las reservaciones, hacen de comparsas repitiendo sus derrotas sobre la arena del escenario. Un rebaño de búfalos, raras piezas de museo, agrega realismo a los uniformes azules y los cascos de plumas. Los *rudos jinetes* de Teddy Roosevelt dramatizan para el


5000
3000
1000
500
200
0
200
3000
4000
N
NO
NE
O
E
SO
SE
S
(Arg.)
(Arg.)
(Arg.)
1. Límite del lecho y subsuelo
2. Límite exterior del río de la Plata
3. Límite lateral marítimo argentino-uruguayo
Escala en Km
0
1500
3000

público su reciente conquista de Cuba y pelotones de cubanos, hawaianos y filipinos rinden humillado homenaje a la bandera victoriosa.
El programa del espectáculo explica la conquista del Oeste con palabras de Darwin: *Es la inevitable ley de la supervivencia del más apto.* En términos de epopeya, Buffalo Bill exalta las virtudes cívicas y militares de su nación, que ha hecho la digestión de medio México y varias islas y entra ahora al siglo veinte pisando mundo a paso de gran potencia.

1899
Saint Louis

Lejos

De las bocas brota fuego y de las galeras, conejos; del cuerno encantado nacen caballitos de cristal. Un carro aplasta a una mujer tendida, que se levanta de un salto; otra danza con una espada clavada en el vientre. Un oso enorme obedece complicadas órdenes dictadas en inglés.
Invitan a Jerónimo a entrar en una casita de cuatro ventanas. De pronto la casita se mueve y sube por los aires. Espantado, Jerónimo se asoma: allá abajo las gentes tienen tamaño de hormigas. Los guardianes ríen. Le dan unos vidrios de mirar, como aquellos que él arrancaba a los oficiales caídos en batalla. A través de los vidrios, se acerca lo lejano. Jerónimo apunta al sol y la violenta luz le lastima los ojos. Los guardianes ríen; y como ellos ríen, él ríe también.
Jerónimo, prisionero de guerra de los Estados Unidos, es una de las atracciones de la feria de Saint Louis. Las multitudes acuden a contemplar a la fiera domesticada. El jefe de los apaches de Arizona vende arcos y flechas, y por unos centavos posa para fotos o dibuja como puede las letras de su nombre.

1899
Río de Janeiro

El arte de curar matando

Manos brujas juegan con el precio del café y el Brasil no tiene cómo pagar al London and River Plate Bank ni a otros muy impacientes acreedores.
Es la hora del sacrificio, anuncia el ministro de Hacienda, Joaquim Murtinho. El ministro cree en las *leyes naturales* de la economía, que por *selección natural*

condenan a los débiles, o sea a los pobres, o sea a casi todos. ¿Que el Estado arranque el negocio del café de manos de los especuladores? Eso sería, se indigna Murtinho, una violación de las *leyes naturales* y un peligroso paso hacia el socialismo, espantosa peste que los obreros europeos están trayendo al Brasil: el socialismo, dice, niega la libertad y convierte al hombre en hormiga.

La industria nacional, cree Murtinho, no es *natural.* Por pequeña que sea, la industria nacional está restando mano de obra a las plantaciones y está encareciendo el precio de los brazos. Murtinho, ángel guardián del orden latifundista, se ocupará de que no paguen la crisis los dueños de hombres y tierras que han atravesado, intactos, la abolición de la esclavitud y la proclamación de la república. Para cumplir con los bancos ingleses y equilibrar las finanzas, el ministro quema en un horno cuanto billete encuentra, suprime cuanto servicio público tiene a mano y desencadena una lluvia de impuestos sobre el pobrerío.

Economista por vocación y médico de profesión, Murtinho realiza también interesantes experiencias en el campo de la fisiología. En su laboratorio extrae la masa encefálica de ratas y conejos y decapita ranas para estudiar las convulsiones del cuerpo, que sigue moviéndose como si tuviera cabeza.

1900
Huanuni

Patiño

El jinete viene desde la desolación y por la desolación cabalga, atravesando vientos de hielo, a tranco lento sobre la desnudez del planeta. Lo sigue una mula cargada de piedras.

El jinete ha pasado mucho tiempo perforando rocas y abriendo cuevas a tiros de dinamita. El nunca ha visto la mar, ni ha conocido siquiera la ciudad de La Paz, pero sospecha que el mundo está viviendo en plena era industrial y que la industria come minerales hasta ahora despreciados. No se ha metido montaña adentro en busca de plata, como tantos. Buscando estaño, como nadie, ha entrado hasta el fondo de la montaña, hasta el alma, y lo ha encontrado.

Simón Patiño, el jinete acribillado por el frío, el minero castigado por la soledad y por las deudas, llega al pueblo de Huanuni. En las alforjas de una mula, trae pedazos de la vena de estaño más rica del mundo. Estas piedras lo harán rey de Bolivia.



Noé aclara: En la portada de este fascículo se reproduce otra imagen de José Guadalupe Posada asociada a una obra mía.

1900
Ciudad de México

Posada

Ilustra coplas y noticias. Sus hojas se venden en los mercados y a las puertas de las iglesias y dondequiera que un cantador relate las profecías de Nostradamus, los espeluznantes detalles del descarrilamiento del tren de Temamatla, la última aparición de la Virgen de Guadalupe o la tragedia de la mujer que ha dado a luz cuatro lagartos en un barrio de esta ciudad.

Por obra de la mano mágica de José Guadalupe Posada, los *corridos* no dejarán nunca de correr ni los *sucedidos* de suceder. En sus imágenes continuarán por siempre afilados los cuchillos de los fieros y las lenguas de las comadres, seguirá el Diablo danzando y llameando, la Muerte riendo, el pulque mojando bigotes, *el desgraciado Eleuterio Mirafuentes aplastando con enorme pedruzco el cráneo del anciano autor de sus días.* Un grabado de Posada celebró este año la aparición del primer tranvía eléctrico en las calles de México. Otro grabado cuenta, ahora, que el tranvía ha chocado contra un cortejo fúnebre ante el cementerio y ha ocurrido un tremendo desparramo de esqueletos. Por un centavo se venden las copias, impresas en papel de estraza, con versos para quien sepa leer y llorar.

Su taller es un entrevero de rollos y recipientes y planchas de cinc y tacos de madera, todo amontonado en torno de la prensa y bajo una lluvia de papeles recién impresos y colgados a secar. Posada trabaja de la mañana a la noche, grabando maravillas: *dibujitos,* dice.

De cuando en cuando sale a la puerta a fumarse un cigarro de descanso, no sin antes cubrirse la cabeza con un bombín y la vasta barriga con un chaleco de paño oscuro.

Por la puerta del taller de Posada pasan a diario los profesores de la vecina Academia de Bellas Artes. Jamás se asoman ni saludan.

1900
Ciudad de México

Porfirio Díaz

Creció a la sombra de Juárez. *El hombre que mata llorando,* lo llamaba Juárez:
–*Llorando, llorando, me fusila en un descuido.*
Porfirio Díaz lleva un cuarto de siglo mandando en México. Los biógrafos oficiales registran para la posteridad sus bostezos y sus apotegmas. No toman nota cuando dice:
–*El mejor indio está cuatro metros bajo tierra.*
–*Mátalos en caliente.*
–*No me alboroten la caballada.*
La caballada son los legisladores, que votan por la afirmativa al cabecear del sueño, y que llaman a don Porfirio *el Unico, el Indispensable, el Insustituible.* El pueblo lo llama *don Perfidio* y se burla de sus cortesanos:
–*¿Qué hora es?*
–*La que usted mande, señor presidente.*
Muestra el dedo meñique y dice: *Me duele Tlaxcala.* Se señala el corazón y dice: *Me duele Oaxaca.* Con la mano en el hígado, dice: *Me duele Michoacán.* Al rato tiene tres gobernadores temblando frente a él.
Se aplica la ley de fugas contra rebeldes y curiosos. En plena era de *paz porfiriana,* México progresa. Los mensajes que antes iban por mula, caballo o paloma, vuelan ahora por setenta mil kilómetros de telégrafos. Por donde pasaban las diligencias, hay quince mil kilómetros de vías férreas. La nación paga sus deudas puntualmente y brinda minerales y alimentos al mercado mundial. En cada latifundio se alza una fortaleza: desde los almenares los guardias vigilan a los indios, que no pueden ni cambiar de amo. No existen escuelas de economía, pero don Porfirio gobierna rodeado de *científicos* especializados en comprar tierras en el exacto lugar por donde pasará el próximo ferrocarril. Los capitales vienen de los Estados Unidos y las ideas y las modas se compran, usadas, en Francia. La capital gusta llamarse *París de las Américas,* aunque en las calles se ven todavía más calzones blancos que pantalones; y la minoría de levita habita palacetes estilo Segundo Imperio. Los poetas han bautizado *hora verde* al atardecer, no por la luz del follaje sino en memoria del ajenjo de Musset.

1900
Ciudad de México

Los Flores Magón

Navega el pueblo en ríos de pulque, mientras repican las campanas y retumban los cohetes y centellean los cuchillos entre las luces de bengala. La multitud invade la Alameda y otras calles prohibidas, zona sagrada de las damas de corsé y los señores de jaqué, con la Virgen en andas. Desde su alto barco de luces, las alas de la Virgen amparan y guían.

Hoy es el día de Nuestra Señora de los Angeles, que en México dura una semana de verbenas, y al borde de la violenta alegría del pueblo, como queriendo merecerla, nace un periódico nuevo. Se llama *Regeneración.* Hereda los fervores y las deudas de *El Demócrata,* cerrado por la dictadura. Jesús, Ricardo y Enrique Flores Magón lo escriben, lo editan y lo venden.

Los hermanos Flores Magón se crecen en el castigo. Desde que el padre murió, vienen alternando la cárcel con los estudios de Derecho, los trabajitos de ocasión, el periodismo peleador y las manifestaciones callejeras de pedradas contra balazos.

–*Todo es de todos* –les había dicho el padre, el indio Teodoro Flores, aquella cara huesuda alzada entre las estrellas, y mil veces les había dicho–: *¡Repítanlo!*

1900
Mérida de Yucatán

El henequén

Uno de cada tres mayas de Yucatán es esclavo, rehén del henequén, y esclavos serán sus hijos, que heredarán sus deudas. Las tierras se venden con indios y todo, pero las grandes plantaciones de henequén emplean métodos científicos y maquinaria moderna, reciben órdenes por telégrafo y se financian desde los bancos de Nueva York. Las máquinas de raspar, movidas al vapor, desprenden las fibras; y los trenes de la International Harvester las deslizan hasta un puerto llamado Progreso. Mientras tanto, los guardias encierran a los indios en barracas, cuando cae la noche, y al amanecer los arrean, de a caballo, hacia las hileras de plantas de erguidas púas.

Con hilo sisal, hilo de henequén, se ata cuanta cosa existe en la tierra, y usa sogas de henequén cuanto barco hay en la mar. Henequeneando prospera

Yucatán, una de las regiones más ricas de México: en Mérida, la capital, doradas verjas impiden que las mulas y los indios pisen los jardines mal copiados de Versalles. El carruaje del obispo es casi exacto al que usa el papa en Roma, y desde París vienen arquitectos que imitan castillos franceses de la Edad Media, aunque los héroes de ahora no van en pos de las princesas prisioneras sino de los indios libres.
El general Ignacio Bravo, ojos de cuchillo, bigote blanco, boca muda, ha llegado a Mérida para exterminar a los mayas que hacen sonar, todavía, los tambores de la guerra. Los cañones de San Benito saludan al redentor del henequén. En la Plaza de Armas, bajo los floridos laureles, los amos de Yucatán ofrecen al general Bravo la espada de plata que aguarda al conquistador de Chan Santa Cruz, la ciudad sagrada de los rebeldes en la selva.
Y después cae, lento párpado, la noche.

Del corrido mexicano del Veintiocho Batallón

Yo ya me voy, ya me voy,
ya me voy con mucho gusto,
porque los indios mayas
se están muriendo de susto.

Yo ya me voy, ya me voy,
al otro lado del mar,
que ya no tienen los indios
ni camino que agarrar.

Yo ya me voy, ya me voy.
Quédate con Dios, trigueña,
porque ya los indios mayas
están sirviendo de leña.

Yo ya me voy, ya me voy,
por el tiempo del invierno,
porque ya los indios mayas
están mirando el infierno.

1900
Tabi

La serpiente de hierro

Al frente ruedan los cañones, volteando barricadas y aplastando moribundos. Tras los cañones los soldados, indios casi todos, incendian los campos de maíz de las comunidades y disparan el Máuser de repetición contra viejas armas que se cargan por la boca. Tras los soldados los peones, casi todos indios, tienden vías para el ferrocarril y alzan postes para el telégrafo y las horcas.
El ferrocarril, serpiente sin escamas, tiene la cola en Mérida y el largo cuerpo crece hacia Chan Santa Cruz. La cabeza llega a Santa María y salta a Hobompich y de Hobompich a Tabi, doble lengua de hierro, veloz, voraz: rompiendo selva, cortando tierra, acosa, acomete y muerde: en su marcha fulgurante va tragando indios libres y cagando esclavos.
El santuario de Chan Santa Cruz está condenado. Había nacido hace medio siglo, parido por aquella crucecita de caoba que apareció en la espesura y dijo:
–Mi padre me ha enviado para que hable con ustedes, que son tierra.

El profeta

Fue aquí, hace más de cuatro siglos. Echado en la estera, boca arriba, el sacerdote-jaguar de Yucatán escuchó el mensaje de los dioses. Ellos le hablaron a través del tejado, montados a horcajadas sobre su casa, en un idioma que nadie más entendía. Chilam Balam, el que era boca de los dioses, recordó lo que todavía no había ocurrido y anunció lo que será:
–Se levantarán el palo y la piedra para la pelea... Morderán a sus amos los perros... Los de trono prestado han de echar lo que tragaron. Muy dulce, muy sabroso fue lo que tragaron, pero lo vomitarán. Los usurpadores se irán a los confines del agua... Ya no habrá devoradores de hombres... Al terminar la codicia, se desatará la cara, se desatarán las manos, se desatarán los pies del mundo.

Fin del segundo volumen de *Memoria del fuego*.